

y Ofendido

Texto: Sebastián Salazar Bondy

Fotos: Jesús Scollo

PLINIO el Joven escribió que el árbol fue el primer templo en donde el hombre rindió su reverente tributo a los dioses. Arbol de la Vida denominaron los Caldeos a este símbolo del transcurso del ser humano sobre la tierra, y Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal nombró el Génesis a la tentación del pecado, de donde proviene el castigo de las primeras criaturas. Hubo en Grecia, el Olivo de Minerva y, en Roma, la Haya de Júpiter. Arbol de Porfirio se llamó en el siglo III de nuestra era el sistema de las categorías aristotélicas, y el Arbol de Zobia tuvo fama gloriosa porque escondió a Isabel la Católica de la persecución gentil. Arbol de la Cruz, en fin, se llamó, en la primera nomenclatura, el madero del sacrificio cristiano, y la Navidad halló en el Pino la forma de su esperanzada tenacidad.

El árbol fue siempre, pues, el revestimiento predilecto de la religión y el mito. ¿Por qué? Su natural belleza, su función —aire y sombra—, su condición de ente vivo y silencioso, atrajeron, desde los tiempos aurorales de la humanidad, la mirada humana, que indagó a su alrededor por aquello que propusiera lo imperecedero. Imagen de la poesía sin época, inmutable metáfora de la filosofía, ornamento en el campo o en la ciudad, ejemplo añoso, en todo lugar, de resignación y regocijo vital, en el bosque mereció un culto legendario, en la casa un trato tierno, en la población un espacio generoso.

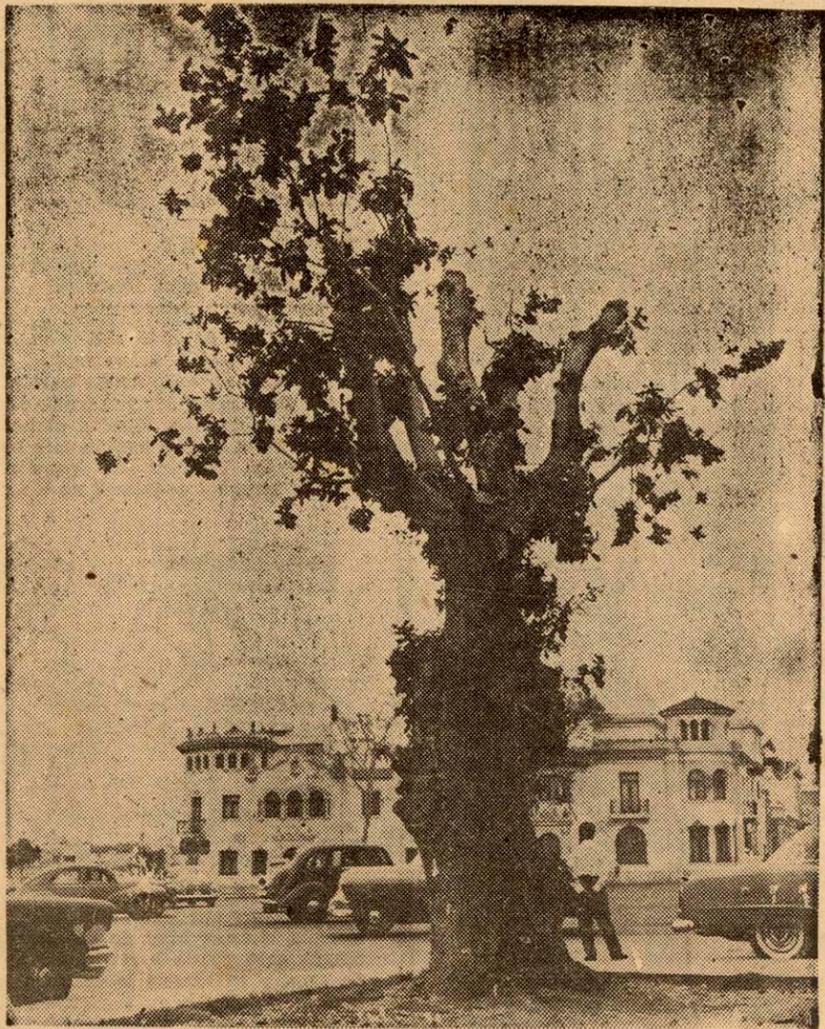
Lima fue antaño un vergel. Lo dicen los cronistas, que ratifican a los fundadores, y hubo en su seno urbano alamedas y paseos cuya umbría provino de ficus, cedros, jacarandás, palmeras, laureles y acacias, sembrados por alguien del remoto pasado, recibidos ayer no más por espíritus sensibles, legados más tarde al presente como una alegoría evidente de que, si el tiempo pasa, algo queda de siempre para siempre. De pronto, hace algunos años, surgió un terrible Titán arboricida: el Podador Técnico. Hubo quienes se adhirieron a su novísima fe y cedieron a este Azote del Arbol —que podría haber sido llamado el Azote de Dios, como el Rey Bárbaro que hacía esmerilas los campos por donde pasaba su impetuoso caballo— los jardines, los paseos, los parques, las plazas y las plazuelas de la ciudad. "Una palmera —dijo el Titán Armado de Hacha— no es sino bagazo". Y sus discípulos, dueños de la llave ciudadana, aclamaron la sentencia y la convirtieron en su divisa.

Ni cuando el hombre inventó el hacha, el hacha fue más activa. La Plaza de Armas soportó el arma, el Parque de la Reserva supo de su filuda hoja, el Parque de la Exposición gimió bajo el martirio, la Avenida de la Paz agonizó con sus golpes, la Alameda Pardo sucumbió al furor de la flamante divinidad. En

estos días es la Alameda Palma, la de Don Ricardo, segundo fundador de Lima, como lo considera Raúl Porras, la que existe en el pánculo del Azote del Arbol. Más eso no es todo: para un Podador Técnico matar con hacha no es todo el placer. Hay que apuñalar, y surge entonces el Arbol Indicador, el Arbol de Dirección de Tránsito, el Arbol Publicitario. Hay que carbonizar, y aparece el Arbol Poste Eléctrico, el Arbol Telefónico y el Arbol Telegráfico. Hay que envenenar, y se da el Arbol Letrina, el Arbol Alcantarilla, el Arbol Tanque. Hay que ahogar, y se crea el Arbol Sediento. La muerte toma a los árboles de pie, pero un día se desploman.

Los Profetas del Podador Técnico desgarran sus vestiduras, entonces, y claman: "¡Son Peligrosos! ¡Hay que arrasar con ellos! ¡Amenazan nuestras casas, nuestros jardines, nuestras vidas! ¡No son sino bagazo!" Y miles de hachas, y sierras, y combas, y hierros, se lanzan, como una nube metálica, sobre los que aún permanecen erectos, pese a la poda, a la electricidad, al puñal, al veneno, a la sed. Tras la batalla —batalla desigual, en que los vencidos son seres inmóviles, desarmados, mudos—, los carros del Podador Técnico se llevan los cadáveres descuartizados, los trozos aún palpitantes de los muertos, la carne verde de aquellos que en el pretérito significaron el inagotable poder creador de la naturaleza. Los Apóstoles del Podador Técnico escriben luego: "Tal como el Maestro ha dicho, los enemigos eran sólo bagazo. ¡Ved cuánta es la sabiduría de Nuestro Señor del Hacha!".

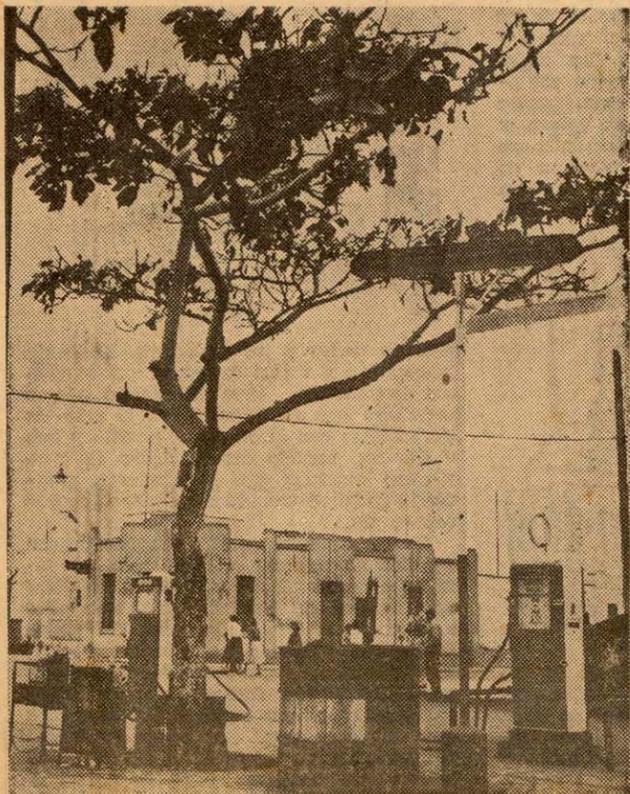
La experiencia popular ha advertido: "Del árbol caído todos quieren hacer leña". Ya no presta ningún servicio: ni decora, ni refresca, ni da frutos, ni acoge a las aves. Su destino es la chimenea, la máquina trituradora, la cerca rural, el horno carbonífero. La misma ciencia del pueblo, sin embargo, notifica: "Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija". La máxima tiene un contenido compacto y trascendental. Tal como el refugio que el árbol presta sin interés al que se lo solicita, así de liberal será el beneficio de quien pide prestado a la auténtica generosidad un favor cualquiera. Nada cobra el árbol por su bondad, excepto un poco de agua y, por cierto, que se lo proteja de la muerte que el Hacha del Podador Técnico lanza sobre su cuerpo para derribarlo. ¿No serán los limeños capaces de detener el brazo arboricida de aquel Titán que devora raíces, tallos, copas, hojas, frutos, insaciable, sin satisfacerse jamás? El Arbol de la Vida fue el primer templo humano —lo dice Plinio—, y el Arbol de la Cruz es el altar de su redención. Aunque no sea sino por esto, que nuestros árboles sobrevivan a esta terrible época de fuego y maquinaria.



A veces, a un árbol moribundo se abraza otro que quiere vivir.



Sin árboles, la arquitectura muestra su impúdica pobreza.



Una ración diaria de hidrocarburos es mortífera.



He aquí postes vivos. Morirán electrocutados



Apuñalados por los avisos, agonizan de pie